



## CAPÍTULO XVII.

### EL ASALTO.

**N**o debemos dejar pendiente por más tiempo el interés del lector acerca de la suerte de Gabriel, pues lo dejamos en el momento en que Gómez y el *Pájaro* les daban el sacramental *¡alto ahí!* que precede á todo robo en despoblado.

Cada uno de los cuatro bandidos acometieron simultáneamente á los cuatro viajeros; el *Pájaro* á Don Santiago, Gómez á Gabriel, y los otros dos compadres á cada uno de los dos criados.

Gabriel fué el más listo en sacar su pisto-

la y disparó contra Gómez, pero no salió el tiro.

Gómez por respuesta, asestó al joven una soberbia bofetada, que lo derribó en tierra.

Gabriel cayó dando con la cara en las piedras, mientras Don Santiago á la voz de «eche pié á tierra!» se apeaba procurando socorrer á su hijo.

Entre tanto se había emprendido un altercado entre los bandidos y los mozos, y al pasar á las vías de hecho, los dos criados arrearon sus caballos y se pusieron en precipitada fuga.

—¡Cójalos! gritó el *Pájaro*, y los dos bandidos emprendieron la persecución á todo correr de sus caballos

El sol se ocultaba en el horizonte y alumbraba aquella escena el resplandor de algunas nubes color de fuego, que se destacaban de un inmenso grupo de nubarrones pardos y pesados.

Al verse solo el caballo de Don Santiago, echó á andar, y el *Pájaro* no sabiendo á quien atender, gritó á Don Santiago.

—¡Coja su caballo!

Cuyo grito fué acompañado de una media docena de interjecciones bien acentuadas y claras.

Don Santiago se puso en seguimiento de su caballo y el *Pájaro* tras de él; mientras Gómez se apeaba para levantar á Gabriel que se desangraba sobre las piedras del camino y parecía desfallecido.

Los reflejos rojizos del sol iban extinguiéndose.

Gabriel, efectivamente exánime, fué levantado por Gómez.

Tenía una profunda incisión en la frente, do donde brotaba sangre en abundancia.

Gómez á quien se hubiera juzgado un hombre caritativo, vendaba con su pañuelo aquella herida, pero en realidad lo que estaba haciendo era vendar los ojos á Gabriel.

En tanto D. Santiago y el *Pájaro* se habían alejado, dando vueltas á un pequeño recodo del camino, y habían por lo tanto desaparecido de la vista de Gómez.

En estos momentos sólo quedaba en el

horizonte como los restos de un incendio; una nube cárdena que se parecía á un largo tizón que se apagaba: todo iba poniéndose negro, las sombras se iban apoderando con no sabemos qué extraña precipitación de aquellos campos.

Apenas alguna de esas aves nocturnas que se enseñorean en las tinieblas, hubiera podido distinguir entre las confusas masas negras de las malezas y los árboles entre los boscajes y los peñascos negros, los dos grupos que formaban Gómez y el *Pájaro*, con Gabriel y D. Santiago. Eran dos buitres que habían logrado hacer bien tarde su presa y sorprendidos por la noche, buscaban una guarida provisional para asegurar su baquete.

La noche desplegó por fin su negra colgadura, se extinguieron los silbos de los reptiles y los últimos rumores; venía el silencio como impuesto á la naturaleza por el Gran Rey; todo se sometía, todo se plegaba ante el imperio del silencio y de la sombra; todo entraba al caos de la noche;

y por uno de esos cambios tan frecuentes en nuestras latitudes, casi por ensalmo habían avanzado hacia el zenit del N. E. y del O. E., falanges de vapores que esperaban la desaparición del sol, para invadir la bóveda celeste.

Más que nubes parecían crespones que un maquinista invisible había corrido para aquel segundo acto que requería sombra, porque era el crimen el protagonista.

Los crespones no habían dejado al menos en la periferia visible, un solo girón á través del cual pudiera alguna estrella ver la tierra; nada, ni un resplandor, ni un ruido; parecía que la noche se había tragado, como un inmenso mónstruo, á los viajeros y á los buitres del camino.

Pero los dramas de la sombra tienen por público, al que sabe penetrar con nictálope vista en esas regiones y á esas horas de negros misterios en que nacen las leyendas y las fantasmas.

Informes y movedizas, como las figuras que se proyectan en el agua, podía con tra-

bajo percibirse entre las malezas las sombras del Pájaro y D. Santiago, serpeando por tortuosos senderos, perdiéndose á largos intervalos entre arbustos y malezas, ó hundiéndose en algún bajo del terreno accidentado, como si fueran dos espectros que regresaran á su sepulcro.

Pero poco después aparecían, dibujando sus cabezas en el fondo plumizo de las nubes.

Mas allá, lejos, muy lejos, estaba Gómez liando sobre el lomo de un caballo, el cuerpo flexible y mortecino de Gabriel; pero allí el silencio era interrumpido de la misma manera que lo describe el Dante en uno de los negros círculos del infierno.

Era un rumor, pero acercándose era una sucesión de espantosas imprecaciones y de inmundas palabras.

No sabemos quien estaba deteniendo á uno de los mil ángeles del cielo, á una de las mil almas hijas de la justicia eterna, para que, atravesando el espacio, hubiera descendido á pronunciar en el oído de Gómez estas palabras:

—Es tu hijo.

Pero nadie bajaba, nadie acudía; Gabriel estaba en ese limbo del síncope, que es un lugar tan misterioso que ninguno de los que vuelven nos ha querido revelar sus secretos.

Gómez seguía ajustando su fardo humano como un pesado *pagaré*, que se convertiría en caballos, mujeres y vino para Gómez.

Aquello era realizable.

Abraham llevaba á su hijo cargando el haz de leña y sentía algo de lo único que puede ser superior al amor del padre: algo de Dios en su alma.

Pero Gómez llevaba la misma prenda ante el mito infernal del robo, sin saber que inmolaba su propia sangre.

Por nuestra parte, no creemos dejarnos llevar del espíritu romántico para asegurar las intuiciones magnéticas, ni las adivinaciones milagrosas que preparan un reconocimiento de estampilla, que termina con estas palabras sacramentales:

«¡Padre mío!—¡Hijo mío!»

Y no obstante, aseguramos que Gómez

sentía una insensata amargura, un íntimo reproche en su alma al ejecutar aquel acto infame.

Lo decimos porque Gómez maldijo y blasfemó, en primer lugar al cielo, porque la obscuridad era tal, que no se veía el camino, y ya una que otra gota de lluvia había producido, en el gran sombrero de Gómez, cierto ruido, que era como el aviso de una nueva dificultad.

Gómez estaba más impaciente de lo que la situación en sí hubiera podido ponerlo, y la violencia que experimentaba la atribuía á todos aquellos ligeros contratiempos.

Pensaba en que había sido una brutalidad pegar tan recio al niño aquel; por otra parte, se decía Gómez, sino le acierto me dispara otro tiro el diablo del muchacho.

— Hubiera sido mejor dejar á este... amarrado por ahí, y llevarse al viejo.... y luego que los otros *destaparon!* ¡mal haya!....

Gómez, caminando con su carga, y el Pájaro conduciendo á D. Santiago por intrincadas sendas, se perdían entre las som-

bras; pero ni Gómez ni el Pájaro se habían puesto de acuerdo acerca del lugar en que debían reunirse.

Al cabo de algún tiempo, la lluvia comenzó á caer con fuerza, produciendo un extraño rumor en los campos solitarios y tristes.

Gómez caminaba entre los breñales, y hacía rodar en su marcha, de vez en cuando, las piedras del camino, que caían á alguna profundidad produciendo un sordo estrépito.

Pensaba Gómez en la suerte que habrían corrido sus compañeros, y en el lugar á donde debía dirigirse á fin de reunirse con el Pájaro.

No sabía por qué causa habían obrado en aquel asunto con desusada torpeza; aquel era un golpe que por parecerles muy fácil había sido poco meditado, y á esto atribuía Gómez lo embarazoso de la posición en que se encontraba y las muchas contrariedades y tropiezos que hasta allí había tenido el lance.

Entretanto la lluvia arreciaba y se hacía doblemente difícil su marcha; pero se consideraba cerca de un crestón del cerro que atravesaba, crestón en el que algunas peñas podían, por su especial disposición, prestarle un abrigo contra la lluvia.

Varias veces pensó en silbar para dar noticia de su rumbo al Pájaro; pero no habiendo oído ningún silbido de éste, calculó que sería prudente guardar reserva.

Ya Gabriel había vuelto en sí, y algunos quejidos se escapaban de su pecho; pero Gómez finjía no oírlos y seguía tirando del ronzal del caballo en que iba atado Gabriel.

Al cabo de largo caminar, llegó Gómez al sitio que había elegido como refugio, y en el cual se propuso pasar la noche: se paró, y después de haber lanzado una mirada indagadora á las sombras que le rodeaban, se apeó lentamente y aflojó la silla á su caballo.

Gabriel, impaciente ya en la incómoda postura á que lo había sujetado Gómez: dijo por fin:

—Desáteme usted, porque voy muy mal.

—¡Adios! exclamó Gómez. ¿Conque quiere ir bien?

—Al menos, no creo necesario este martirio, especialmente cuando nada puede usted esperar de mí.

—Eso ya lo veremos. ¿Cuánto tiene su padre?

—No lo sé, y sobre todo, no me encuentro bien para contestar en esta postura; desáteme usted y hablaré.

—¡Vaya porque no diga!

Y Gómez desató á Gabriel y le permitió apearse; pero el niño apenas podía tenerse en pié y se recostó sobre las piedras.

En cuanto al Pájaro y D. Santiago, se encontraban á gran distancia de Gómez y separado uno de otro, esperando que la luz del día volviera á reunirlos.

Gómez, después de largo tiempo de vacilación, se puso á contemplar á Gabriel que se había dormido, y reflexionó que si aquel joven seguía imposibilitado de moverse, Gómez tendría que seguir caminando con

una carga embarazosa que le entorpecería sus movimientos; y una vez bien seguro de que no podía menos de suceder como lo pensaba, se puso á atar de nuevo á Gabriel, no ya sobre el lomo del caballo, sinó contra un arbusto que se elevaba bajo una de aquellas rocas.

En este tormento se agotó completamente la paciencia de Gabriel, y no estando ya bajo la influencia de su anterior caída, manifestó un vigor extraordinario procurando defenderse.

Gómez ejecutaba la operación de sujetar á Gabriel al tronco del arbusto, con ira concentrada y de una manera brutal, y como en algunos momentos Gabriel había podido gritar, Gómez acabó su operación pasando por la abierta boca del niño una de las vueltas de la reata, con lo que acabó de quedar Gabriel privado de todo movimiento.

En seguida, Gómez que había atado su caballo á un árbol, tomó el caballo de Gabriel y desapareció.

Gabriel entretanto jadeante y maltratado

por las fuertes ligaduras que lo oprimían, procuraba en vano romperlas empleando toda la fuerza de que era susceptible; pero aquellas ligaduras parecían cadenas inquebrantables, y ya la sangre había afluído á las extremidades de tal manera, que iba embargando la acción de las manos y de los piés, en medio del dolor de la estrangulación.

Forzado á morder la reata que le servía de mordaza, Gabriel tenía necesidad de permanecer con la boca abierta y esto le había producido tal resequedad en la garganta, que sentía asfixiarse.

A los dolores causados por la presión de las ligaduras, agregaba el niño los que le producían sus desesperados esfuerzos por desatarse, y esta lucha tenaz é impotente se renovaba por intervalos, aunque cada vez con menos éxito y con menos vigor.

Gómez, después de haber ocultado el caballo de Gabriel en el fondo de una pequeña barranca cubierta por la vegetación, subió al lugar donde estaba el jóven y volvió

á tocar una á una todas las ligaduras, para cerciorarse de que su víctima nada había logrado á su favor á pesar de sus esfuerzos.

Gabriel había caído ya en la postración de la impotencia, y agotadas ya sus fuerzas sufría pasivamente sus dolores.

De su pecho se escapaba la respiración como un quejido estertoroso, acompasado y lento.

Gómez se retiró á cierta distancia, guarecido siempre por los peñascos que servían de techo, y se recostó para descansar á su vez de sus fatigas.

La lluvia se desprendía por intervalos, produciendo un rumor sordo y prolongado al caer sobre las malezas y sobre los barrancos, y luego este rumor se iba perdiendo poco á poco dando asiento al solemne silencio de la noche, que se enseñoreaba en las tinieblas.

Pero aquel silencio era horrible, al grado de infundir pavor á Gómez, porque cuando la lluvia cesaba, podía oírse distintamente la fatigosa respiración de Gabriel, como se

oye á la cabecera de un moribundo, y el agua entonces no prestaba más ruidos que los que producían una que otra gota desprendida de lo alto de las rocas y produciendo una especie de gemido al caer sobre los charcos.

Algunas veces y cuando el silencio era más profundo, se percibía el rumor de esos mil pequeños hilos de agua, que corren de un depósito accidental á otro más bajo y de éste á otro sucesivamente hasta perderse.

Entonces el silencio tenía un contraste que lo hacía más profundo, porque nada hay que haga más pavoroso el silencio general, como un pequeño ruido; así como no hay nada que realce tanto las tinieblas, como una pequeña luz.

Por lo demás, nada, ni una ráfaga de viento, ni un murmurio, ni siquiera el silbido de algunos reptiles, turbaba aquella calma soporosa de la naturaleza, que yacía como un cadáver en las sombras de su ataúd.

---